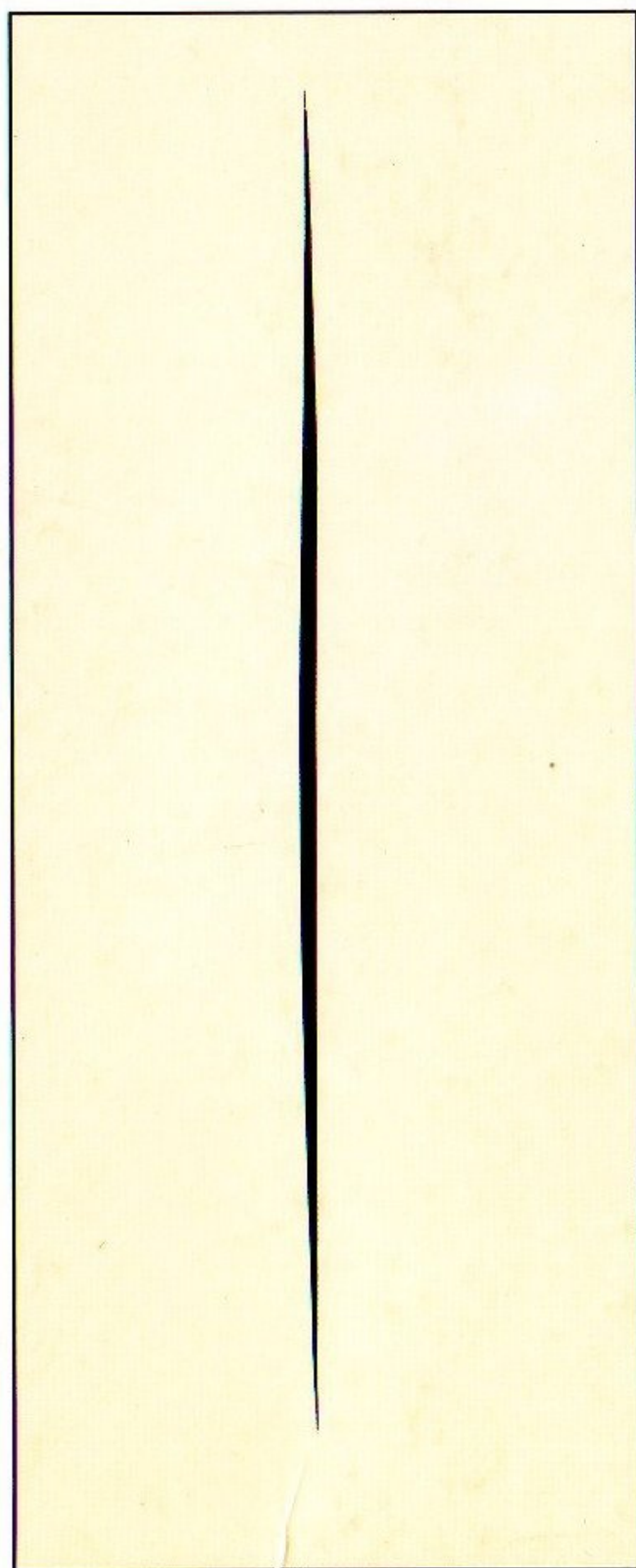


ESPECIES DE ESPACIOS

GEORGES PEREC



M O N T E S I N O S

ESPECIES DE ESPACIOS

GEORGES PEREC

Traducción de Jesús Camarero

MONTESINOS

Primera edición: Abril, 1999
Segunda edición: Octubre, 2001

© Introducción: Jesús Camarero

© Edición original: *Espèces d'espaces*, Éditions Galilée, París, 1974

Edición española propiedad de Literatura y Ciencia, S. L.

Diseño: Elisa Nuria Cabot

Ilustración: *Imitación de Lucio Fontana*

I.S.B.N.: 84- 95776-07-3

Depósito legal: B-36387-2001

Imprime: Novagràfik, S. A. Barcelona

Impreso en España

Printed in Spain

para Pierre Getzler

ESCRIBIR Y LEER EL ESPACIO

El espacio y el tiempo. El tiempo y el espacio. Dos categorías que sirven para explicar toda realidad, dos coordenadas que se entrecruzan para decir un algo antes indefinido, inexistente. Todas las preguntas posibles pueden ser respondidas por medio de estos dos ejes: aunque unas realidades sean más «temporales» y otras más «espaciales», el registro «espaciotemporal», la hibridación o amalgama de ambos es la dimensión de un concepto filosófico que permitirá resolver el dilema por medio de un binomio, de dos términos contrapuestos pero complementarios e inseparables, porque una realidad no puede ser explicada, ni siquiera pensada, sin requerir la presencia de esta doble idea.

Hay realidades que se desarrollan o tienen lugar en el tiempo, es decir, tienen un comienzo y un final. Son observadas en un continuum, en una duración, sin un comienzo o un fin evidentes o visibles y en desarrollo o mutación permanente. Así, el tiempo parece estar presente en la realidad cotidiana del hombre, aunque bien es verdad que de

una manera un tanto inasible, inaprensible, inmaterial. El tiempo es una noción sin referencia, una idea que tiene un montón de palabras para no referirse a ningún objeto concreto (en el sentido más referencial), sino a sensaciones o aprehensiones de una experiencia impuesta por las costumbres humanas, obligadas a su vez por el devenir cósmico implacable (noche/día, verano/invierno, etc.), y no tanto por un acto intelectual, pragmático o experimental. Un reloj es una máquina que no produce nada o que no se refiere a nada, solamente es una cifra o conjunto de cifras de una abstracción (las horas, los minutos, los segundos) porque lo realmente material que está ocurriendo en ese instante del decir la hora, de 'marcar' el tiempo, es el movimiento astral o astronómico de unos objetos llamados Tierra, Sol, Luna, etc., el sistema en que nuestro planeta está inmerso y cuyo devenir temporal, precisamente, es algo irreal, inaprensible por lo menos para el ser humano, para el terrícola de a pie... (¿cuánto tiempo ha transcurrido desde el Big Bang? ¿en qué momento preciso de ese acontecimiento nos encontramos ahora? ¿cuánto nos queda de esa expansión continuada producto del Big Bang?). Por lo demás, nuestra noción del tiempo tampoco se ajusta a parámetros demasiado claros: un minuto de un accidente de tráfico puede parecer una vida entera, mientras que una experiencia superficial o banal desaparece enseguida de nuestro consciente. Sin embargo parece claro que el tiempo se asimila a una percepción de nuestra existencia que podría ser identificada con categorías como la duración, la consecutividad, la ilación, la causa-efecto, la ordenación, la deducción, la seriación, etc.

Por otro lado, el espacio es una dimensión, una extensión, una materialidad, una realidad, una configuración, una estructura, la inducción, la diseminación, la fragmentación... Todo tiene lugar en el espacio, todo es el espacio o todo es espacio u ocupa un espacio (la teoría de los agujeros negros ha demostrado que el vacío también ocupa su lugar junto a lo demás), la materia y la antimateria; el lleno/vacío es el espacio dinámico o la dinámica de un espacio siempre en transformación (como la materia que es), porque no hay principio ni fin, sino cambio incesante y transformación evolutiva o involutiva de una materialidad. La ordenación del espacio («ordenación» es un término asimilado en principio a lo temporal, como muchos otros términos que fluctúan incansablemente de un campo conceptual a otro y viceversa, lo cual da idea del confusionismo que a veces recubre los conceptos de tiempo y de espacio), la ordenación del espacio supone así pues una configuración o estructura, una disposición de la materia diseminada o dispersa que no es una fragmentación caótica o dinamitada de la materia, sino agrupaciones nucleares del todo en múltiples partes, entre las que se establecen y mantienen relaciones de variada tipología y nivel (proximidad/distancia, asimilación/disimilación, analogía/diferencia, aposición/contraposición, y cuantas se quieran descubrir o poner en funcionamiento).

Además, respecto del Big Bang, origen de toda la materia conocida, el espacio que compartimos en la galaxia y, en concreto, en nuestro planeta (donde el hombre desarrolla su actividad) es simplemente una parte del todo separado y disperso, es decir, una partición o fragmento que

encajaba anteriormente con otras partes en un todo superior inidentificable al día de hoy. Por tanto no se puede concebir el espacio como totalidad sino como fragmento, iniciando así una dinámica extensional que hace que todo lo espacial se asimile a lo fractal, de modo que pensar el espacio es establecer ya de entrada un ordenamiento en las ideas que responda a esa fragmentación propiamente dicha del objeto espacial.

La visión del fragmento, su análisis y enunciación, así como la síntesis de esa fracción que se opera sistemática y continuamente en la realidad, son un tema tópico en la literatura perequiana. Desde la primera novela, Las Cosas, la fragmentación del devenir narrativo de unos personajes en una historia, la fragmentación de un mundo concreto, se hace a partir de la presencia en el texto de cerca de un millar de objetos diferentes, enumerados todos ellos sin orden taxonómico, pero con una cuidada y prudente dosificación. El mundo que algunos representan como una totalidad o, al menos, bajo la forma de un mensaje trascendente de una totalidad, no es sino el conjunto de múltiples cosas u objetos que surgen por doquier, sin orden aparente, aunque a veces se les pueda dar una ordenación (véanse las teorías de Baudrillard o Moles al respecto). Tal es el primer desafío que Perec plantea al lector. Pero, de hecho, toda su obra se plantea como una parcelación de fragmentos diferentes que no tienen por qué constituir un todo, aunque el todo exista, es decir, hoy podemos ya tener la visión del conjunto cerrado de la obra de Perec, pero sus obras, en tanto que son cada una de ellas una

unidad diferenciada en relación a las otras, constituyen una red intensísima y significativa en la que cada elemento ha guardado su sentido de forma autónoma. No hay voluntad de crear un todo, sino dispersión enriquecida de obras/espacios diferentes y casi autárquicos donde el escritor performa un proyecto singular.

Como se ve, el paso del tiempo apenas si llega a significar en *Las Cosas* y, del mismo modo, apenas si tiene valor una interpretación diacrónica de la producción perequiana. Al final de la vida de *Perec* (la vida ¿es un tiempo o es un espacio?), o poco antes, aparece *La Vida instrucciones de uso*: las obras acumuladas durante años, los experimentos que enriquecieron el taller oulipiano se funden en un crisol majestuoso y gigantesco; es la organización pautada mediante fórmulas lógico-matemáticas lo que permite gestionar ese mundo aparentemente caótico de la acumulación objetal; la síntesis organizada y sistémica de los objetos, de los personajes, de las historias, es decir, del cúmulo fragmentario, queda realizada y resuelta plenamente en un edificio-novela de novelas donde cabe todo, donde se relaciona todo; pero ese todo es relativo, es apenas una metáfora del mundo, porque el todo es inabarcable y porque el texto literario sólo puede pretender emular (con cierto desvío además) la realidad en que se inspira.

De este modo, aunque sea ligeramente, queda enterado el lector que «escribe» la lectura de *La Vida instrucciones de uso*, así se aproxima y llega a aprehender el fragmento, no se sabe si para apropiárselo en una síntesis demente y paranoica, o si para determinar aún más exactamen-

te su pequeña partícula de existencia. En cualquier caso, recorrer el cosmos fragmentario de un espacio, que es el nuestro, mediante otro espacio, que es el de Perec, no parece en absoluto una aventura desdeñable ni tampoco inútil, porque lo importante del recorrido es precisamente desplazarse por todas y cada una de sus partes, dispersarse, diseminarse, sin perderse...

Pero también está la reflexión sobre el vacío, en el capítulo dedicado al apartamento (que, paradójicamente, es donde se vive), con una meticulosa descripción de esa configuración espacial que es donde realizamos nuestra vida o que es la referencia de muchos de nuestros movimientos, acciones, decisiones... Formular la idea del vacío es lo mismo que denunciar la acumulación o proliferación objetual. Poco cuenta el lado desde el que contemplamos la realidad: tan pronto está repleta como se vacía horrorosamente, y su entidad puede depender hasta del estado de ánimo del lector. La dinámica del vacío supone un horror que enseguida demanda la presencia de algo. La dinámica de la plenitud sufre por la repleción y el empacho y lucha por desembarazarse de algo. En ambas se trata de los mismos componentes que entran y salen del espectro conceptual. Y la respuesta no está precisamente en el ámbito objetual, sino en el propio individuo; de ahí que el vacío existencial-personal de Perec en una importante etapa de su vida, así como su vivencia de una época de desarrollismo, sean los factores determinantes de la aparición pánica de los objetos.

Y esto tiene que ver también con cierto rasgo autobiográfico que salpica muchas de las páginas del libro. Además

de los episodios más específicamente autobiográficos, como la aventura dual de W o el recuerdo de la infancia, hay muchas obras –mayores y menores– de su producción que contienen elementos de aquellos fragmentos de espacio que podrían ser definidos como «vivenciales», que realmente tuvieron como protagonista perceptivo a Perec y que son trasladados al texto en virtud precisamente de aquella vivencia o experiencia vital. De este modo, la elucubración teórica del espacio queda asociada felizmente a la representación de unas vivencias de ese mismo espacio.

Especies de espacios es un espacio que habla del espacio. Es un texto que es un espacio tejido alrededor de multitud de nociones configuradas habitualmente como espacio. No es precisamente el espacio cósmico o astronómico, sino más bien ese espacio tan cotidiano y familiar de nuestro hábitat (más bien urbano) que adquiere aquí estatuto de protagonista, que se convierte en objeto de estudio y de elucubración. Curiosamente ese espacio se hace objeto en este libro o justo antes de la escritura de este libro, pero lo normal es que el espacio contenga en su seno o en su perímetro multitud de objetos, que se convierten también en objeto junto al espacio que los abarca, para ser aprehendidos, escritos, representados, leídos, gozados, manipulados o, incluso, destruidos (en el sentido de «olvidados»).

El libro, al principio, aparece como disperso, como un intento de recoger los fragmentos diseminados de una totalidad, que sin embargo no existiría más que como idea vaga y fluctuante. Después, la minuciosa estructuración je-

rárquica que ordena los capítulos (sin numeración, porque la jerarquía ya incluye la ordenación cualitativa) extiende el libro como una alfombra, de modo y manera que el lector-visualizador de estos espacios fragmentados pueda recorrer el espacio del libro tan libre y creativamente como le apetezca. No hay límite para el lector-andarín que estuviera afectado por un acceso de bulimia espacial: como el libro recorre todos los espacios, desde la página (donde ese lector se encuentra obviamente) hasta la esencia del espacio-espacio, pasando por una tipología más bien urbana pero globalizadora, entonces lo único que hay que hacer es dejarse llevar a través de los innumerables fragmentos de espacio en que se estructuran los diferentes tipos de espacio.

Semejante técnica no requiere planos ni brújulas, ni tampoco un programa de mano, ni un/una guía, ni siquiera el Índice (que a pesar de todo se incluye), únicamente basta con dejarse llevar, es decir, con leer y leer, aquí y allá, hacia delante... o atrás, empezando por el final si se desea y retrocediendo sección por sección hasta el inicio. No se olvide que el libro es un volumen, un espacio en el sentido físico y material, un conjunto de signos acumulados por medio de reglas complejísimas y depositados en un soporte-cofre tridimensional que se puede manipular maravillosamente bien por el lector (visualizador y manipulador), que puede trabajar con las infinitas partes de aquel objeto y realizar así un ejercicio absolutamente estético. Porque en el espacio no hay secuencia, sino extensión, y el recorrido siempre puede variar, a menos que situaciones o condiciones muy especiales lo impidan de modo muy

severo. Esa extensión fragmentada, diseminada, dispersa, no es más que la reproducción o representación descrita detalladamente del mundo y de las cosas, pero de un modo que pone al descubierto cierta deshumanización de ese entorno en el que el hombre ha perdido un protagonismo que siempre hubiera debido conservar.

El problema, claro está, no es del libro mismo (que se limita a representar un estado de las cosas, de ahí su carácter marcadamente sociológico), sino del hombre contemporáneo que es el sujeto (¿todavía lo es?) y el presunto protagonista de una actuación rebajada en sus expectativas y en los modos de su actuación. Pero el espacio sigue siendo la extensión y la transformación, es decir, un devenir permanente y extensional de la materia, o su manifestación más radicalmente representada. Si el tiempo es una invención artificial y autoimpuesta que se añade a todo acto humano (incluso se pretende a veces aplicarla a las cosas, lo cual es un síntoma de un estado de subjetividad que raramente podría evitar acabar en la locura), si parece inevitable dotar de un tiempo a esa «duración» que es el diferir el comienzo y el final del acto de la lectura (esquema que hay que combatir por obsoleto y contraproducente), entonces parece que hay un tiempo de la lectura que el lector emplea para consumir el libro...

Pero hay libros como éste en que esta operación no basta. El libro no se acaba en la última página leída o numerada como última: muy al contrario, cada punto de inserción de la mirada del lector resulta ser un comienzo inesperado de la lectura que, además, no tiene por qué acabar en un punto determinado, porque este punto no

*existe y puede no existir tampoco la voluntad del lector de terminar, en ese lugar preciso, su lectura. No se trata básicamente de un modo distinto de leer, sino de saber aprovechar estratégicamente la facultad del leer, consumiendo adecuadamente el objeto intelectual de este libro. La maqueta poco convencional, la tipografía variable y nada monótona, la amplitud del soporte poco saturado de signos, la brevedad o justo desarrollo de los principios allí expuestos, la misma jerarquía modular de la tipología espacial... Todo ello ayuda a construir sin duda un libro diferente. El último capítulo, titulado "repertorio de algunas palabras utilizadas en esta obra", es un recenso nada gratuito de términos que aparecen en el texto (una sola vez cada uno de ellos, salvo las «cerezas», que aparecen en dos páginas distintas). Como si de *La vida instrucciones de uso* se tratara, la lista de términos (nombres comunes, propios y términos varios, como el libro mismo) parece haber organizado algo en el momento de la escritura, o también es posible que su aparición al final no sea más que otro juego especular y perequiano, pero en cualquier caso define bastante bien el carácter taxonómico de una escritura liberada de las constricciones habituales del narrar, dejando al mismo tiempo al descubierto las posibles entradas o puntos de acceso de una lectura extensiva y multipuntual, cuya multidireccionalidad es el factor más importante a la hora de construir un nuevo modo de consumo de lo literario que pasa por acercar al lector a la escritura.*

Esta inflexión operada sobre el acto creativo moderno define también una característica de la literatura realmente nueva: que escritura y lectura no tienen por qué ser

actos antagónicos (aunque puedan estar separados de alguna manera) y que el lector está llamado a ser mucho más activo y protagonista, compartiendo con el autor la actividad escritural. Con lo cual no habría ya un escritor y un lector, sino dos escritores: el autor y el lector.

JESÚS CAMARERO

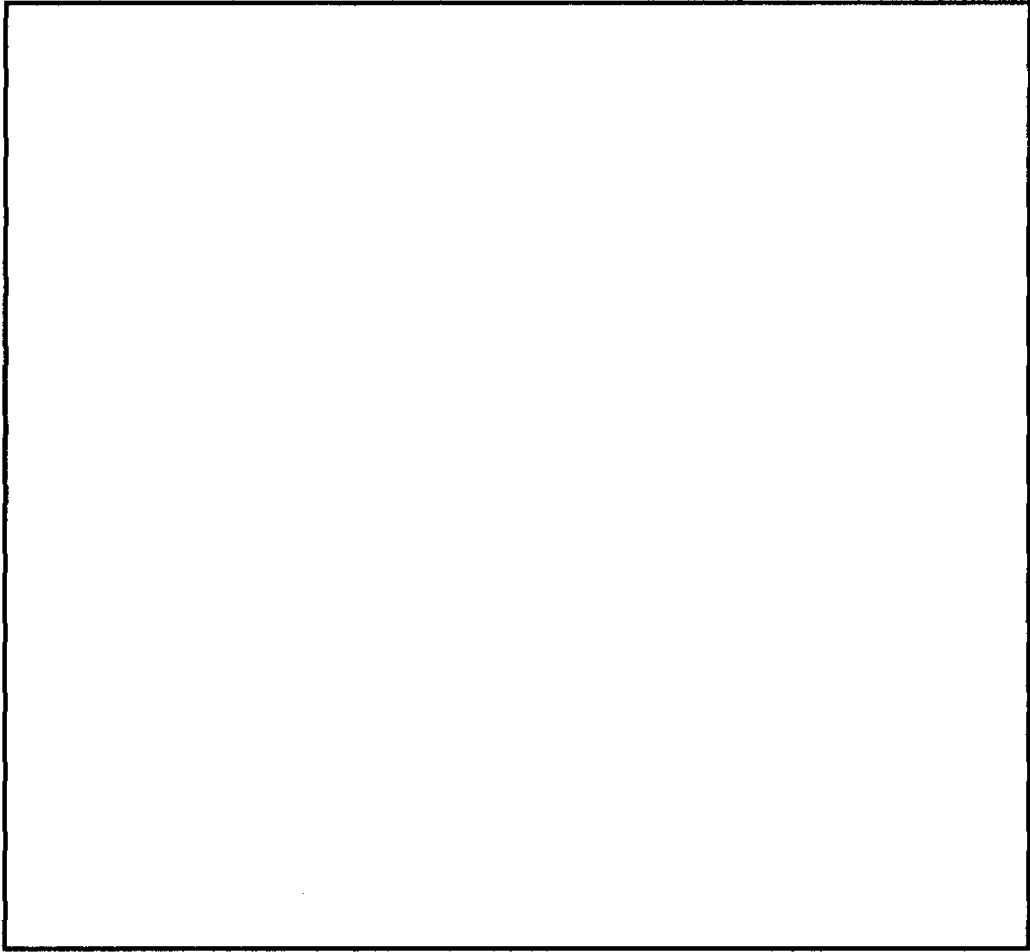


Figura 1. *Mapa del océano* (extraído de *La caza del Snark*, de Lewis Carroll)

ESPACIO
 ESPACIO LIBRE
 ESPACIO CERRADO
 ESPACIO PRESCRITO
 FALTA DE ESPACIO
 ESPACIO CONTADO
 ESPACIO VERDE
 ESPACIO VITAL
 ESPACIO CRÍTICO
 POSICIÓN EN EL ESPACIO
 ESPACIO DESCUBIERTO
 DESCUBRIMIENTO DEL ESPACIO
 ESPACIO OBLICUO
 ESPACIO VIRGEN
 ESPACIO EUCLIDIANO
 ESPACIO AÉREO
 ESPACIO GRIS
 ESPACIO TORCIDO
 ESPACIO DEL SUEÑO
 BARRA DE ESPACIO
 PASEOS POR EL ESPACIO
 GEOMETRÍA DEL ESPACIO
 MIRADA QUE EXPLORA EL ESPACIO
 ESPACIO TIEMPO
 ESPACIO MEDIDO
 LA CONQUISTA DEL ESPACIO
 ESPACIO MUERTO
 ESPACIO DE UN INSTANTE
 ESPACIO CELESTE
 ESPACIO IMAGINARIO
 ESPACIO NOCIVO
 ESPACIO BLANCO
 ESPACIO DEL INTERIOR
 EL PEATÓN DEL ESPACIO
 ESPACIO QUEBRADO
 ESPACIO ORDENADO
 ESPACIO VIVIDO
 ESPACIO BLANDO
 ESPACIO DISPONIBLE
 ESPACIO RECORRIDO
 ESPACIO PLANO
 ESPACIO TIPO
 ESPACIO EN TORNO
 TORRE DEL ESPACIO
 A ORILLAS DEL ESPACIO
 ESPACIO DE UNA MAÑANA
 MIRADA PERDIDA EN EL ESPACIO
 LOS GRANDES ESPACIO
 LA EVOLUCIÓN DE LOS ESPACIO
 ESPACIO SONORO
 ESPACIO LITERARIO
 LA ODISEA DEL ESPACIO

la calle

1

Los inmuebles están unos al lado de otros. Están alineados. Está previsto que estén alineados, es una falta grave cuando no están alineados: se dice entonces que están *heridos de alineamiento*, esto quiere decir que se los puede demoler, con objeto de reconstruirlos en alineamiento con otros.

El alineamiento paralelo de dos series de inmuebles determina lo que se llama una calle: la calle es un espacio bordeado, generalmente en sus dos lados más largos, de casas; la calle es lo que separa unas casas de otras, y también lo que permite ir de una casa a otra, bien a lo largo de la calle, bien atravesándola. Además, la calle es lo que permite localizar las casas. Existen diferentes sistemas de localización; el más extendido, en nuestros días y en nuestros climas, consiste en dar un nombre a la calle y unos números a las casas: la cuestión del nombre de las calles es extremadamente compleja y a menudo incluso espionosa, y sobre ella se podrían escribir varias obras: en cuan-

to a la numeración, no es tan simple como parece: en primer lugar, se decidió que se pondrían los números pares a un lado y los impares al otro (pero, como se pregunta muy bien un personaje de Raymond Queneau en *Le vol d'Icare*: «13 bis, ¿es una cifra par o impar?»), en segundo lugar, que de acuerdo con el sentido de la calle, los números pares estarían a la derecha (y los impares a la izquierda) y, en tercer lugar, que el susodicho sentido de la calle estaría generalmente determinado (aunque conocemos muchas excepciones) por la posición de la susodicha calle en relación con un eje fijo, el Sena en este caso: las calles paralelas al Sena están numeradas de arriba a abajo, las calles perpendiculares parten del Sena y se alejan de él (estas explicaciones conciernen a París evidentemente; se puede suponer razonablemente que soluciones análogas han sido pensadas para otras ciudades).

Al contrario que los inmuebles que pertenecen desde casi siempre a alguien, las calles no pertenecen a nadie en principio. Están repartidas, bastante equitativamente, entre una zona reservada a los vehículos automóviles, y que se llama calzada, y dos zonas, evidentemente más estrechas, reservadas a los peatones, que se llaman aceras. Cierta cantidad de calles están enteramente reservadas a los peatones, sea de manera permanente, sea para ciertas ocasiones particulares. Las zonas de contacto entre la calzada y las aceras permiten aparcar a los automovilistas que ya no quieren circular. Como la cantidad de vehículos automóviles deseosos de no circular es mucho más grande que la cantidad de plazas disponibles, se han limitado esas posibilidades de estacionamiento, bien en el

interior de ciertos perímetros llamados «zonas azules» con tiempo de estacionamiento limitado, bien, de modo más general, estableciendo un pago por estacionamiento.

No es frecuente que haya árboles en las calles. Cuando los hay, están rodeados de una pequeña reja. Por contra, la mayoría de las calles están equipadas con instalaciones específicas correspondientes a diversos servicios: hay farolas que se encienden automáticamente cuando la luz del día comienza a decrecer de modo significativo; paradas en las que los usuarios pueden esperar la llegada de los autobuses o de los taxis; cabinas telefónicas, bancos públicos; buzones donde los ciudadanos pueden depositar cartas que el servicio de correos recogerá en horas determinadas; mecanismos de relojería destinados a recibir el dinero necesario para un estacionamiento de tiempo limitado; cestos reservados a los papeles usados y otros detritos, a los que muchas personas echan compulsivamente una mirada furtiva al pasar; semáforos de circulación. Hay igualmente paneles de señalización de carretera que indican, por ejemplo, que conviene aparcar a uno u otro lado de la calle según se esté o no en la primera o en la segunda quincena del mes (lo que se llama un «estacionamiento unilateral alterno»), o que hay que guardar riguroso silencio dada la proximidad de un hospital o, finalmente y sobre todo, que la calle es de sentido único: la afluencia de vehículos automóviles es tal que la circulación sería casi imposible si no se hubiera cogido la costumbre, desde hace algunos años y en la mayoría de las aglomeraciones urbanas, de obligar a los automovilistas a no circular más que en una sola dirección, lo cual evidentemente les obliga a realizar a veces importantes desvíos.

En algunos cruces considerados particularmente peligrosos, la comunicación entre las aceras y la calzada, que suele ser normalmente libre, está prohibida por medio de estacas metálicas enlazadas con cadenas; estacas idénticas plantadas en las aceras sirven a veces incluso para impedir que los vehículos vengan a aparcar en las aceras, cosa que harían a menudo si no se les impidiera. En fin, en ciertas circunstancias –desfiles militares, paso de jefes de Estado, etc.– trozos enteros de calzada pueden estar prohibidos por medio de barreras metálicas ligeras que se imbrican las unas en las otras.

En algunos lugares de las aceras unas desnivelaciones en arco circular, familiarmente llamadas «barcos», indican que vehículos automóviles pueden estar aparcados en el interior de inmuebles y que conviene dejarles permanentemente la posibilidad de salir; en otros lugares, unos pequeños azulejos encastrados en el reborde de las aceras indican que aquella porción de acera está reservada al estacionamiento de coches de alquiler.

La unión de la calzada y de las aceras tiene el nombre de cuneta: se trata de una zona ligeramente inclinada, gracias a la cual las aguas de lluvia pueden fluir hacia el sistema de alcantarillado que se encuentra debajo de la calle, en lugar de extenderse a todo lo ancho de la calzada, lo cual fastidiaría considerablemente la circulación automóvil. Durante varios siglos sólo hubo una cuneta y se encontraba en medio de la calzada, pero todo el mundo está de acuerdo en considerar que el sistema actual está mejor adaptado. A falta de agua de lluvia, el mantenimiento de las calzadas y de las aceras está asegurado gracias a tomas de agua que se hallan instaladas en casi todos los cruces

de calles y que se abren por medio de llaves en forma de T de las que van provistos los empleados municipales encargados de la limpieza de las calles.

En principio siempre es posible pasar de un lado a otro de la calle utilizando pasos protegidos que los vehículos automóviles sólo deben franquear con extrema precaución. Estos pasos protegidos están señalizados, bien sea con dos series paralelas, perpendiculares al eje de la calle, de clavos metálicos cuya cabeza tiene un diámetro de más o menos doce centímetros, de donde viene el nombre de “pasos de clavos” que se da a estas zonas protegidas, bien sea con anchas bandas de pintura dispuestas oblicuamente todo a lo ancho de la calle (entonces se llaman pasos *materializados*). El sistema de pasos de clavos o materializados no parece tener ya la eficacia que tuvo si duda en otro tiempo, y a menudo es necesario añadirle un sistema de luces de señalización de tres colores (rojo, naranja y verde) que al multiplicarse han provocado problemas de sincronización extraordinariamente complejos, para resolver los cuales trabajan sin descanso algunos de los ordenadores más grandes del mundo y algunas de las inteligencias consideradas como las más brillantes de nuestra época.

En diferentes lugares, unas cámaras teledirigidas vigilan lo que está ocurriendo: hay una encima de la Cámara de los Diputados, justo bajo la gran bandera tricolor; otra en la plaza Edmond Rostand, en el eje del bulevar Saint-Michel; también hay otras en Alésia, en la plaza Clichy, en el Châtelet, en la plaza de la Bastille, etc.

En la calle Linné he visto a dos ciegos. Andaban cogidos por el brazo. Ambos llevaban largos bastones extremadamente flexibles. Uno de los dos era una mujer de unos cincuenta años, el otro un hombre muy joven. La mujer iba rozando con el extremo de su bastón todos los obstáculos verticales que se alzaban a lo largo de la acera y, guiando el bastón del joven, se los hacía tocar de la misma manera indicándole, muy deprisa y sin equivocarse nunca, de qué obstáculos se trataba: una farola, una parada de autobús, una cabina telefónica, una papelería, un buzón, un panel de señalización (no ha podido precisar lo que señalaba el panel evidentemente), un semáforo...

Trabajos prácticos

Observar la calle de vez en cuando, quizá con un esmero un poco sistemático.

Aplicarse. Tomarse su tiempo.

Anotar el lugar: la terraza del café cerca del cruce Bac-Saint-Germain

la hora : las siete de la tarde

la fecha : quince de mayo de 1973

el tiempo : seguro que bueno

Anotar lo que se ve. Aquello que sea importante. ¿Sabemos ver lo que es importante? ¿Hay algo que nos llame la atención?

Nada nos llama la atención. No sabemos ver.

Hay que ir más despacio, casi torpemente. Obligarse a escribir sobre lo que no tiene interés, lo que es más evidente, lo más común, lo más apagado.

La calle: tratar de describir la calle, de qué está hecha, para qué sirve. La gente en las calles. Los coches. ¿Qué tipo de coches? Los inmuebles: anotar si son más bien confortables, más bien señoriales; distinguir entre los inmuebles de viviendas y los edificios oficiales. Las tiendas. ¿Qué se vende en las tiendas? No hay tiendas de alimentación. ¡Ah! sí, hay una panadería. Preguntarse dónde hace la compra la gente del barrio.

Los cafés. ¿Cuántos cafés hay? Uno, dos, tres, cuatro. ¿Por qué se ha elegido éste? Porque lo conocemos, porque le da el sol, porque tiene estanco. Los demás comercios: anticuarios, ropa, hi-fi, etc. No decir, no escribir «etc.». Obligarse a agotar el tema, incluso si tiene aspecto grotesco, o fútil, o estúpido. Todavía no hemos mirado nada, sólo hemos repertoriado lo que desde hacía tiempo habíamos repertoriado.

Obligarse a ver con más sencillez.

Descubrir un ritmo: el paso de los coches: los coches llegan por paquetes porque arriba o abajo de la calle han estado parados en los semáforos.

Contar los coches.

Mirar las matrículas de los coches. Distinguir los coches matriculados en París y los demás.

Anotar la ausencia de taxis a pesar de que precisamente

parece que hay numerosas personas que los esperan.

Leer lo que está escrito en la calle: columnas Morriss, quioscos de periódicos, anuncios, paneles de circulación, graffiti, octavillas tiradas en el suelo, rótulos de los comercios.

Mujeres guapas.

Los tacones demasiado altos están de moda.

Descifrar un trozo de ciudad, deducir evidencias: la obsesión por la propiedad, por ejemplo. Describir la cantidad de operaciones que realiza el conductor de un vehículo automóvil cuando aparca sólomente para ir a comprar cien gramos de dulce de frutas:

- aparcar haciendo una cierta cantidad de maniobras
- quitar el contacto
- retirar la llave, lo cual pone en marcha un primer dispositivo antirrobo
- extraerse del vehículo
- subir la ventanilla de la puerta delantera de la izquierda
- ponerle el seguro
- verificar que la puerta trasera izquierda tiene puesto el seguro; si no: abrirla
 - accionar el seguro desde del interior
 - cerrar de un portazo
 - verificar que en efecto está bloqueada
- dar una vuelta alrededor del coche; como mínimo, verificar que el maletero está bien cerrado con llave
- verificar que la puerta trasera derecha está bloqueada; si no, realizar de nuevo el conjunto de operaciones ya efectuado con la puerta trasera izquierda
- subir la ventanilla de la puerta delantera derecha

- cerrar la puerta delantera derecha
- poner el seguro
- antes de alejarse, echar una mirada circular como para asegurarse de que el coche aún está ahí y que nadie vendrá a llevárselo.

Descifrar un trozo de ciudad. Sus circuitos: ¿por qué los autobuses van de tal sitio a tal sitio? ¿Quién elige los itinerarios, y en función de qué? Acordarse de que el trayecto de un autobús parisiense *intra-muros* está definido por un número de dos cifras, de las que la primera hace referencia a la parada central y la segunda a la periférica. Encontrar ejemplos, encontrar excepciones: todos los autobuses cuyo número comienza por la cifra 2 parten de la estación de Saint-Lazare, por la cifra 3 de la estación del Este; todos los autobuses cuyo número termina con un 2 llegan grosso modo hasta el distrito 16 o hasta Bologne. (Antes se usaban letras: la S, que tanto le gustaba a Queneau, ahora es el 84; conmovirse con el recuerdo de los autobuses de plataforma, la forma de los billetes, el cobrador con su maquinita sujeta a la cintura...)

La gente en la calle: ¿de dónde vienen? ¿a dónde van? ¿quiénes son?

Gente con prisa. Gente sin prisa. Paquetes. Gente prudente que ha sacado el impermeable. Perros: son los únicos animales visibles. No se ven pájaros —sin embargo sabemos que hay pájaros— tampoco se les oye. Podríamos vislumbrar un gato deslizándose bajo un coche, pero en realidad este hecho no se produce.

Total, que no pasa nada.

Tratar de clasificar a la gente: los que son del barrio y los que no son del barrio. No parece que haya turistas. La época no se presta, y además el barrio no es especialmente turístico. ¿Cuáles son las curiosidades del barrio? ¿La casa de Salomon Bernard? ¿La iglesia de Saint-Thomas-d'Aquin? ¿El nº 5 de la calle Sébastien-Bottin?

El tiempo pasa. Beberse la caña. Esperar. Notar que los árboles están lejos (allí, en el bulevar Saint-Germain y en el bulevar Raspail), que no hay cines, ni teatros, que no se ve ninguna obra aparente, que la mayoría de las casas parecen haber obedecido las prescripciones de revocado de fachadas.

Un perro, de una especie rara (¿galgo afgano? ¿galgo africano?)

Un land-rover que parece equipado para atravesar el Sáhara (así y todo, anotamos sólo lo insólito, lo particular, lo miserablemente excepcional: habría que hacer lo contrario).

Continuar

Hasta que el lugar se haga improbable hasta tener la impresión, durante un brevísimo instante, de estar en una ciudad extranjera o, mejor aún, hasta no entender ya lo que pasa o lo que no pasa, que el lugar se convierta en un lugar extranjero, que incluso ya no se sepa que esto se llama una ciudad, una calle, inmuebles, aceras...

¡Que caigan lluvias diluvianas, romperlo todo, que crez-

ca la hierba, cambiar la gente por vacas, ver cómo aparece King-Kong o la rata fortificada de Tex Avery en el cruce de la calle Bac y del bulevar Saint-Germain, cien metros por encima de los tejados!

O también: esforzarse por imaginar, con la mayor precisión posible, bajo la red de calles, el embrollo de cloacas, el paso de las líneas de metro, la proliferación invisible y subterránea de conductos (electricidad, gas, líneas telefónicas, conducciones de agua, red neumática sin la cual la vida sería imposible en la superficie.

Por debajo, justo por debajo, resucitar el eoceno: la caliza de cantera, las margas y los guijarrales, el yeso, la caliza lacustre de Saint-Ouen, las arenas de Beauchamp, la caliza tosca, las arenas y los lignitos de la zona de Soissonnais, la arcilla plástica, la creta.

4

O bien:

Borrador de carta

Pienso en ti, a menudo
de vez en cuando vuelvo a un café, me siento cerca de la
puerta, pido un café
sobre el velador de mármol de imitación coloco cuidadosamente mi paquete de cigarrillos, una caja de cerillas,
un bloc, mi rotulador
estoy removiendo un rato la cucharilla en la taza de café

(sin embargo no echo azúcar al café, me lo bebo dejando que el azúcar se funda en la boca, como la gente del norte, como los rusos y los polacos cuando beben té)

Hago como si estuviera preocupado, como si reflexionara, como si tuviera que tomar una decisión

En la parte de arriba y a la derecha de la hoja de papel pongo la fecha, a veces el lugar, otras veces la hora, hago como que escribo una carta

escribo lentamente, muy lentamente, lo más lentamente posible, trazo, dibujo cada letra, cada acento, verifico los signos de puntuación

miro atentamente un cartelito, las tarifas de los helados y pastelillos, un herraje, una persiana, el cenicero amarillo, hexagonal (de hecho se trata de un triángulo equilátero, en cuyos ángulos cortados se han hecho las depresiones en semicírculo donde pueden colocarse los cigarrillos)

Fuera brilla un poco el sol

el café está casi vacío

dos revocadores de fachadas beben un ron en la barra, el dueño dormita detrás de la caja, la camarera limpia la cafetera

pienso en ti

vas andando por la calle, es invierno, levantas el cuello de tu abrigo de lobo, estás sonriente y lejana

(...)

Los lugares

(Notas sobre un trabajo que estoy haciendo)

En 1969 seleccioné en París 12 lugares (calles, plazas, cruces, un pasaje) en los que había vivido, o a los que me unían recuerdos muy particulares.

Me propuse hacer cada mes la descripción de dos de estos lugares. Una de estas descripciones se hace en el mismo lugar y lo más neutra posible: sentado en un café o andando por la calle, con un cuaderno y un bolígrafo en la mano, trato de describir las casas, los comercios, la gente con la que me encuentro, los carteles y, de un modo general, todos los detalles que atraen mi mirada. La otra descripción se hace en un sitio diferente del lugar: entonces trato de describir el lugar de memoria y de evocar todos los recuerdos relacionados con él que se me ocurren, sean acontecimientos que ocurrieron allí, sea gente que encontré allí. Cuando están terminadas estas descripciones, las meto en un sobre y lo sello con cera. En algunas ocasiones me he hecho acompañar al lugar que estaba describiendo por uno o una amigo(a) fotógrafo(a) que, libremente o siguiendo mis indicaciones, ha tomado fotos que he metido en los sobres correspondientes, sin mirarlas (salvo una tan sólo); también en alguna ocasión he metido en estos sobres diversos elementos que más tarde serían susceptibles de servir como testimonio, por ejemplo billetes de metro, o bien tickets de consumo, o entradas de cine, o prospectos, etc.

Cada año comienzo de nuevo estas descripciones teniendo cuidado, gracias a un algoritmo que ya he citado (bi-cuadrado latino ortogonal, éste de orden 12), prime-

ramente, de describir cada uno de estos lugares en un mes diferente del año, luego, de no describir el mismo mes el mismo par de lugares.

Esta empresa, que se parece un poco en su principio a las «bombas de tiempo», durará doce años, hasta que todos los lugares hayan sido descritos dos veces doce veces. Como el año pasado estuve demasiado preocupado por el rodaje de “Un homme qui dort” (en el que aparecen además la mayoría de estos lugares), me he saltado el año 73 y entonces no tendré los 288 textos producto de esta experiencia hasta 1981 (a menos que sufra otro retraso...). Entonces sabré si valía la pena: lo que espero en efecto no es otra cosa que dejar huella de un triple envejecimiento: el de los lugares mismos, el de mis recuerdos y el de mi escritura.

el barrio

1

El barrio. ¿Qué es eso de un barrio? ¿Tu vives en el barrio? ¿Eres del barrio? ¿Has cambiado de barrio? ¿En qué barrio estás?

El barrio tiene algo de amorfo realmente: una especie de parroquia o, de un modo más estricto, la cuarta parte de un distrito, el trocito de ciudad que depende de una comisaría...

De un modo más general: la porción de ciudad en la que uno se desplaza fácilmente a pie o, por decirlo en forma de perogrullada, la parte de ciudad a la que no hay que trasladarse, puesto que precisamente ya estamos en ella. Parece que está claro; quizás habría que precisar que para la mayoría de los habitantes de una ciudad, todo esto tiene el corolario siguiente: el barrio es también la porción de ciudad en la que no se trabaja: barrio se llama aquel sitio donde se vive y no donde se trabaja, y los lugares de residencia y los lugares de trabajo no coinciden casi nunca: esto también es una evidencia, pero sus consecuencias son innumerables.

La vida de barrio

Es una frase muy importante.

De acuerdo, están los vecinos, está la gente del barrio, los comerciantes, la lechería, el todo para la casa, el estanco que está abierto los domingos, la farmacia, correos, el café del que si no somos un asiduo al menos somos un cliente regular (le damos la mano al dueño o a la camarera).

Evidentemente podríamos cultivar estas costumbres, ir siempre al mismo carnicero, dejar los paquetes en el ultramarinos, abrir una cuenta en el droguero, llamar a la farmaceutica por su nombre, confiar el gato a la vendedora de periódicos, pero por mucho que se hiciera, todo esto no constituiría una vida, no podría crear la ilusión de ser la vida: crearía un espacio familiar, suscitaría un itinerario (salir de casa, ir a comprar el periódico de la tarde, un paquete de cigarrillos, un paquete de detergente en polvo, un kilo de cerezas, etc.), pretexto acompañado de algunos apretones de manos un tanto lánguidos, buenos días señora Chamissac, buenos días señor Fernand, buenos días señorita Jeanne, pero nunca sería más que una dulzona apariencia de la necesidad, una manera de envolver lo mercantil.

Evidentemente podríamos fundar una orquesta o hacer teatro en la calle. Animar el barrio, como se suele decir. Juntar a la gente de una calle o de un grupo de calles por una causa o un combate y no por la simple convivencia.

La muerte del barrio

También es una frase muy importante
(además hay muchas más cosas que mueren: las ciudades, los campos, etc.)

Lo que más pena me da es el cine del barrio, con aquellos horribles anuncios de la tintorería de la esquina.

2

De todo lo precedente puedo sacar la conclusión, poco satisfactoria a decir verdad, de que sólo tengo una idea muy aproximativa de lo que es un barrio. Es verdad que ha cambiado bastante en los últimos años: y verdaderamente no he tenido tiempo de adaptarme.

Me sirvo poco de mi barrio. Algunos de mis amigos viven en el mismo barrio que yo sólo por casualidad. Mis principales centros de interés son más bien excéntricos en relación con mi casa. No tengo nada contra el hecho de moverse, al contrario.

¿Por qué no privilegiar la dispersión? En lugar de vivir en un único lugar y procurar identificarse con él, ¿por qué no tener cinco o seis habitaciones diseminadas por París? Iría a dormir a Denfert, escribiría en la plaza Voltaire, oiría música en la plaza de Clichy, haría el amor en la poterna de los álamos, comería en la calle Tombe-Issoire, leería cerca del parque Monceau, etc. ¿Acaso esto es más estúpido que poner a todos los comerciantes de muebles en Saint-Antoine, a todos los comerciantes de cristal en la calle Paradis, a todos los sastres en la calle Sentier, a

todos los judíos en la calle Rosiers, a todos los estudiantes en el barrio Latino, a todos los editores en Saint-Sulpice, a todos los médicos en Harley Street, a todos los negros en Haarlem?

la ciudad

1

*Les toits de Paris, couchés sur le dos,
leurs petites pattes en l'air.*
Raymond Queneau

No tratar de encontrar demasiado deprisa una definición de la ciudad; es un asunto demasiado vasto, y hay muchas posibilidades de equivocarse.

Primero, hacer el inventario de lo que vemos. Enumerar aquello de lo que estamos seguros. Establecer distinciones elementales: por ejemplo entre lo que es la ciudad y lo que no es la ciudad.

Interesarse por aquello que separa la ciudad de lo que no es la ciudad. Mirar lo que ocurre cuando la ciudad se para. Por ejemplo (ya he abordado este tema a propósito de las calles), un método absolutamente infalible para saber si nos encontramos en París o en el exterior de París consiste en mirar el número de los autobuses: si tienen dos cifras estamos en París, si tienen tres estamos fuera de París (desgraciadamente no es tan infalible como esto, pero debiera serlo en principio).

Reconocer que las afueras tienen una fuerte tendencia a dejar de ser afueras.

Tomar buena nota de que la ciudad no siempre ha sido lo que era. Acordarse por ejemplo de que Auteuil fue ru-

ral durante mucho tiempo; hasta mediados del siglo XIX, cuando los médicos veían que un niño estaba demasiado paliducho, recomendaban a los padres que pasaran algunos días en Auteuil para respirar el aire sano del campo (además todavía existe en Auteuil una lechería que persiste en llamarse la Granja de Auteuil).

Acordarse también de que el Arco de Triunfo fue construido en el campo (no era verdaderamente el campo, sino más bien el equivalente del parque de Boulogne, pero en todo caso no era realmente la ciudad).

Acordarse también de que Saint-Denis, Bagnolet, Aubervilliers son ciudades mucho más importantes que Poitiers, Annecy o Saint-Nazaire.

Acordarse de que todo lo que se llama «faubourg» se encontraba en el exterior de la ciudad (faubourg Saint-Antoine, faubourg Saint-Denis, faubourg Saint-Germain, faubourg Saint-Honoré).

Acordarse de que si se decía Saint-Germain-des-Prés, es porque había prados.

Acordarse de que un «boulevard» es originalmente un paseo plantado de árboles que rodea una ciudad y que ocupa normalmente el espacio donde estaban las antiguas murallas.

Acordarse de que, por cierto, todo estaba fortificado...

2

El viento sopla del mar: los olores nauseabundos de las ciudades son empujados hacia el este en Europa, hacia el oeste en América. Por esta razón los barrios chics

están al oeste en París (el sexto distrito, Neuilly, Saint-Cloud, etc.) y en Londres (el West End) y al este en New York (el East Side).

3

Una ciudad: piedra, cemento, asfalto. Desconocidos, monumentos, instituciones.

Megalópolis. Ciudades tentaculares. Arterias. Muchedumbres.

¿Hormigueros?

¿Qué es el corazón de una ciudad? ¿El alma de una ciudad? ¿Por qué se dice que una ciudad es bonita o es fea?

¿Qué tiene de bonito y de feo una ciudad? ¿Cómo se conoce una ciudad? ¿Cómo conoce uno su ciudad?

Método: habría que renunciar a hablar de la ciudad, a hablar sobre la ciudad, o bien obligarse a hablar de ella del modo más simple del mundo, hablar de ella de forma evidente, familiar. Abandonar toda idea preconcebida. Dejar de pensar en términos muy elaborados, olvidar lo que han dicho los urbanistas y los sociólogos.

Hay algo espantoso en la idea misma de la ciudad; se tiene la impresión de que sólo podremos aferrarnos a imágenes trágicas o desesperadas: Metrópolis, el universo mineral, el mundo petrificado, que sólo podremos acumular sin tregua preguntas sin respuesta.

Nunca nos podremos explicar o justificar la ciudad. La ciudad está ahí. Es nuestro espacio y no tenemos otro. Hemos nacido en ciudades. Hemos crecido en ciudades. Respiramos en ciudades. Cuando cogemos el tren es para

ir de una ciudad a otra ciudad. No hay nada de inhumano en una ciudad, como no sea nuestra propia humanidad.

4

Mi ciudad

Vivo en París. Es la capital de Francia. En la época en que Francia se llamaba Galia, París se llamaba Lutecia.

Como muchas otras ciudades, París fue construida muy cerca de siete colinas. Que son: el monte Valérien, Montmartre, Montparnasse, Montsouris, la colina de Chaillot, las Buttes-Chaumont y la Butte-aux-Cailles, el monte Sainte-Geneviève, etc.

Evidentemente no conozco todas las calles de París. Pero tengo siempre una idea clara del lugar en que se encuentran. Aunque quisiera me sería difícil perderme en París. Dispongo de numerosos puntos de referencia. Casi siempre sé en qué dirección debo coger el metro. Conozco bastante bien el itinerario de los autobuses; sé explicar a un taxista el trayecto que deseo realizar. El nombre de las calles casi nunca me es extraño, las características de los barrios me son familiares; identifico sin demasiado esfuerzo las iglesias y otros monumentos; sé dónde están las estaciones. Numerosos lugares están unidos a recuerdos precisos: se trata de casas donde han vivido antes amigos que he perdido de vista, o bien se trata de un café donde he jugado durante seis horas seguidas al billar eléctrico (con sólo meter una única moneda de veinte céntimos), o bien se trata de la plazoleta en la que he leído *La Peau de Chagrin* mientras vigilaba los retozos de mi sobrinita.

Me gusta andar por París. A veces durante toda una tarde, sin rumbo preciso, aunque tampoco al azar, ni a la aventura, pero tratando de dejarme llevar. A veces tomando el primer autobús que para (no se puede tomar el autobús al vuelo). O bien preparando cuidadosamente, sistemáticamente, un itinerario. Si tuviera tiempo, me gustaría concebir y resolver problemas análogos al de los puentes de Koenigsberg o, por ejemplo, encontrar un trayecto que, atravesando París de parte a parte, sólo tuviera en cuenta calles que comiencen por la letra C.

Me gusta mi ciudad, pero no sabría decir exactamente lo que me gusta de ella. No creo que sea el olor. Estoy demasiado acostumbrado a los monumentos como para tener ganas de mirarlos. Me gustan ciertas luces, algunos puentes, terrazas de cafés. Me gusta mucho pasar por un sitio que no he visto hace tiempo.

5

Ciudades extranjeras

Sabemos ir de la estación o del *air terminal* al hotel. Queremos que no esté demasiado lejos. Nos gustaría estar en el centro. Estudiamos cuidadosamente el plano de la ciudad. Vamos repertoriando los museos, los parques, los lugares que nos han recomendado que veamos a toda costa.

Vamos a ver los cuadros y las iglesias. Nos gustaría mucho pasearnos, callejear, pero no nos atrevemos; no sabemos ir a la deriva, tenemos miedo de perdernos. In-

cluso no andamos de verdad, vamos siempre a toda prisa. No sabemos muy bien qué mirar. Casi nos emocionamos si nos topamos con la oficina de Air-France, casi a punto de llorar si vemos *Le Monde* en un quiosco de periódicos. Ningún lugar se deja atar a un recuerdo, a una emoción, a un rostro. Repertoriamos salones de té, cafeterías, milk-bares, tabernas, restaurantes. Pasamos delante de una estatua. Es la de Ludwig Spankerfel di Nominatore, el célebre cervecero. Miramos con interés unos juegos completos de llaves inglesas (nos podemos permitir el lujo de perder dos horas y nos paseamos durante dos horas; ¿por qué nos atraerá esto más que lo otro? Espacio neutro, todavía no conferido, prácticamente sin referencias: no sabemos cuánto tiempo hace falta para ir de un sitio a otro; de golpe nos damos cuenta de que vamos terriblemente adelantados).

Dos días pueden bastar para que empecemos a aclimatarnos. El día que descubrimos que la estatua de Ludwig Spankerfel di Nominatore (el célebre cervecero) está sólo a tres minutos del hotel (al final de la calle Prince-Adalbert) mientras que antes empleábamos una larga media hora para llegar allí, empezamos a tomar posesión de la ciudad. Lo cual no quiere decir que empecemos a habitarla.

A menudo guardamos de estas ciudades el recuerdo de un encanto indefinible a pesar de haberlas rozado sólo ligeramente: el recuerdo mismo de nuestra indecisión, de nuestros pasos vacilantes, de nuestra mirada que no sabía hacia qué volverse y que no se emocionaba con casi nada: una calle casi vacía poblada de grandes plátanos (¿eran plátanos?) en Belgrado, una fachada de cerámica en Sarrebrück, las cuestas en las calles de Edimburgo, la

anchura del Rin, en Bâle, y la cuerda –el nombre exacto sería el andarivel– que va guiando la balsa que lo atraviesa...

6

Del turismo

*Quant à voir la ville, il n'y pensait
même pas, étant de cette race d'Anglais
qui font visiter par leur domestique les
pays qu'ils traversent.*

Jules Verne

(Le tour du monde en 80 jours)

Mejor que visitar Londres, quedarse en casa, junto a la chimenea y leer las irreemplazables informaciones que proporciona el Baedeker (edición de 1907):

La temporada (season), es decir los meses de mayo, junio y julio, es la época más favorable para visitar Londres; es cuando se reúne el Parlamento, cuando la alta sociedad reside en la ciudad, cuando los primeros actores ocupan la escena de los grandes teatros y cuando las exposiciones artísticas están en todo su esplendor. El resto del país puede visitarse todo el año, excepto las montañas.

... Si no se encuentra ningún policía en el vecindario, informarse en un comercio. No se dirija a un desconocido más que en caso de absoluta necesidad, y no responda a ninguna pregunta de ningún transeúnte, sobretodo en francés, ya que esta pregunta es probablemente preliminar a un robo o un timo. Por lo

demás el extranjero deberá estar continuamente atento y sobre todo tener cuidado con su bolsa y su reloj. Recordar esta recomendación al subir al tren y al omnibus, así como al bajar, en resumidas cuentas allí donde haya una aglomeración. En las calles muy frecuentadas los peatones deberán guardar su derecha como es de uso común. Por la noche evitar igualmente los barrios pobres y las calles apartadas.

Los ferrocarriles metropolitanos (...) son vías de circulación importantes para las carreras largas en Londres. Lo más normal es que pasen bajo tierra, a poca profundidad, por túneles o trincheras bordeadas de altas murallas (...) Los trenes circulan en el cinturón interior de 5 y media de la mañana hasta la medianoche (...) Se coge un billete, (ticket) en la ventanilla (booking-office) y se baja a la vía. En el primer nivel, un revisor le indica por qué lado (plat-form) hay que subir. La gran O roja de los billetes significa «outer», es decir vía exterior, y la gran I «inner», es decir interior. Un indicador le da a conocer la dirección del próximo tren y el nombre de la última parada está escrita en grandes letras en la parte delantera de la locomotora. Los conductores van anunciando las estaciones, cuyos nombres figuran por lo demás en rótulos, faroles y respaldos de los bancos del andén. Paradas muy cortas: darse prisa.

Médicos. Recomendamos los doctores: L. Vintras, médico de la Embajada de Francia y del hospital francés (...); H. de Méric (cirujano); H. Dardenne (...); P.J. Baranoff, médico del hospital francés (...); Naumann, médico del hospital italiano (...). Dentistas: A.A. Goldsmith (americano) (...); K.A. Davenport (americano) (...) H.L. Coffin (americano) (...); Pierrepont (americano), etc. Farmacias (ninguna farmacia francesa)...

Programa: incluso para un viajero incansable y que se contente con un vistazo superficial, dos semanas apenas son suficientes para hacerse una idea un poco clara de Londres y sus alrededores. Una distribución metódica del tiempo facilitará mucho esta tarea (...) por la mañana y por la tarde se puede ir a ver las iglesias, muchas de las cuales están abiertas todo el día, y a pasearse por los parques, los jardines botánico y zoológico. Por la tarde, de 5 a 7, antes de la cena, se puede dar una vuelta por Regent Street o Hyde Park, siempre animados por un gentío compacto, brillantes jinetes y carruajes en gran cantidad. Si está alojado cerca del puente de Londres, aproveche cada momento del que pueda disponer para ver el puerto y sus alrededores, los buques que entran o salen, y el movimiento incesante en los almacenes. Para gozar de un espectáculo grandioso y único en el mundo entero, se recomienda sobretodo hacer una excursión a Gravesend.

7

Ejercicios

Describir las operaciones que se realizan cuando se coge el metro con la misma minuciosidad que Baedeker en el metro de Londres en 1907.

Volver a pensar en algunas de las propuestas de los Surrealistas para embellecer la ciudad:

El obelisco: redondearlo y poner en su cima una pluma de acero a su medida

La torre de Saint-Jacques: curvarla ligeramente

El león de Belfort: hacerle roer un hueso y girarlo hacia el oeste

El Panteón: cortarlo verticalmente y separar las dos

mitades 50 centímetros

Tratar de calcular, con la ayuda de mapas y planos adecuados, un itinerario que permitiera coger sucesivamente todos los autobuses de la capital.

Tratar de imaginar en lo que se va a convertir París:

París será el jardín de invierno; – emparrados de frutas en el bulevar. El Sena filtrado y caliente, – abundancia de piedras preciosas artificiales, – prodigalidad de dorados, – alumbrado de las casas – se acumulará la luz, ya que existen cuerpos que tienen esta propiedad, como el azúcar, la carne de ciertos moluscos y el fósforo de Bologne. Se deberán enjalbegar las fachadas de las casas con la sustancia fosforescente, y su radiación alumbrará las calles.

Gustave Flaubert
(Borrador de Bouvard et Pécuchet,
plan final, Pléiade, II, 986)

el campo

1

No tengo mucho que decir a propósito del campo: el campo no existe, es una ilusión.

Para la mayoría de mis semejantes el campo es un espacio de recreo que rodea su segunda residencia, que bordea una porción de las autopistas que cogen los viernes por la noche para trasladarse a ella y que, el domingo por la tarde, si tienen suficiente ánimo, andarán por él algunos metros antes de volver a la ciudad, donde el resto de la semana se dedicarán a alabar la vuelta a la naturaleza.

Sin embargo, como todo el mundo, he estado varias veces en el campo (la última vez, me acuerdo muy bien, fue en febrero de 1973; hacía mucho frío). Además me gusta el campo (también me gusta la ciudad, esto ya lo he dicho, no pretendo resultar difícil): me gusta estar en el campo: en el campo se come pan casero, se respira mejor, a veces se ven animales que no se ven normalmente en las ciudades, se hace fuego en las chimeneas, se juega al scrabble o a otros juegos de sociedad. Hay que reco-

nocer que por norma general hay más sitio que en la ciudad y un confort parecido y a veces una calma similar. Pero nada de esto me parece suficiente para fundamentar una diferencia pertinente.

El campo es un país extranjero. Esto no debería ser así, pero lo es; habría podido no ser así, pero así ha sido y así será siempre: es demasiado tarde para cambiar cualquier cosa en este sentido.

Soy un hombre de ciudad; he nacido, he crecido y he vivido en una ciudad. Mis costumbres, mis ritmos y mi vocabulario son costumbres, ritmos y vocabularios de un hombre de ciudad. La ciudad es lo mío. En ella estoy como en mi casa: el asfalto, el cemento, las verjas, la red de calles, la grisalla de las fachadas que hace perder la vista, son cosas que pueden extrañarme o escandalizarme, pero igual que podría escandalizarme o extrañarme, por ejemplo, la extrema dificultad que hay en querer ver la propia nuca o la injustificable existencia de los senos (frontales o maxilares). En el campo no me escandaliza nada; convencionalmente podría decir que todo me extraña; de hecho todo me deja más o menos indiferente. Aprendí muchas cosas en la escuela y sé que Metz, Toul y Verdun formaban los Tres Obispados, que $\Delta = a^2 + b^2 - c^2$, y que ácido más base da sal más agua, pero no aprendí nada sobre el campo, a menos que haya olvidado todo lo que aprendí. Incluso he llegado a leer en algún libro que los campos estaban poblados de campesinos, que los campesinos se levantaban y se acostaban al mismo tiempo que el sol y que su trabajo consistía entre otras cosas, en abonar, en margar, en barbechar, en desbarbechar, en fertilizar, en rastrillar, en cavar, en escar-

dar, en binar o en trillar. Las operaciones a que aluden estos verbos para mí son más exóticas que las que dirigen por ejemplo la revisión de una caldera mixta de calefacción central, dominio en el que sin embargo no estoy versado en absoluto.

Ahí están por supuesto los grandes campos amarillos surcados por máquinas resplandecientes, los sotobosques, las praderas plantadas con alfalfa y las viñas donde se pierde la vista. Pero no sé nada de estos espacios, para mí resultan impracticables. Las únicas cosas que yo conozco son los saquitos de Vilmorin o Truffaut, las granjas acondicionadas donde el yugo de los bueyes se ha convertido en una lámpara colgante, donde las medidas de grano se han convertido en cestos de los papeles (yo poseo uno, al que tengo un gran apego), los artículos lastimeros sobre la crianza de los terneros y la nostalgia por las cerezas engullidas en el árbol.

2

La utopía campestre

Para empezar iríamos a la escuela con el cartero.

Sabríamos que la miel del maestro es mejor que la del jefe de estación (no, ya no habría jefe de estación, sólo un guardabarreras: desde hace varios años los trenes ya no paran, una línea de autobuses los remplazaría pero todavía estaría ahí el paso a nivel sin automatizar aún).

Sabríamos si iba a llover sólo con mirar la forma de las nubes sobre la colina, conoceríamos los sitios donde todavía habría cangrejos, nos acordaríamos de la época en

que el mecánico herraba caballos (exagerar un poquito hasta casi tener ganas de creérselo, pero sin pasarse...).

Por supuesto que conoceríamos a todo el mundo y las historias de todo el mundo. Todos los miércoles el charcutero de Dampierre tocaría la bocina delante de la casa para traernos los embutidos. Todos los lunes la señora Blaise vendría a lavar.

Iríamos con los niños a recoger moras por los angostos caminos; les acompañaríamos a recoger champiñones; les enviaríamos a la caza de caracoles.

Estaríamos pendientes de cuando pasara el autobús de las siete.

Nos gustaría ir a sentarnos al banco del pueblo, bajo el olmo centenario, frente a la iglesia.

Iríamos por los campos con calzado alto y un bastón con punta metálica, con el cual decapitaríamos las gramineas locas.

Jugaríamos a la malilla con el guarda.

Iríamos a buscar leña al monte público.

Sabríamos reconocer a los pájaros por su canto.

Conoceríamos cada árbol del huerto.

Esperaríamos la vuelta de las estaciones.

3

Alternativa nostálgica (y falsa):

O bien arraigarse, encontrar o dar forma a las raíces de uno, arrancar al espacio el lugar que será el nuestro, construir, plantar, apropiarse milímetro a milímetro de la «propia casa»: pertenecer por entero a nuestro pueblo,

saber que uno es de la región de Cévennes o de Poitou.

O bien no llevar más que lo puesto, no guardar nada, vivir en un hotel y cambiar a menudo de hotel y de ciudad y de país; hablar, leer indiferentemente cuatro o cinco lenguas; no sentirse en casa en ninguna parte, pero sentirse bien casi en todos los sitios.

del movimiento

Vivimos en alguna parte: en un país, en una ciudad de aquel país, en un barrio de aquella ciudad, en una calle de aquel barrio, en un inmueble de aquella calle, en un apartamento de aquel inmueble.

Hace tiempo que tendríamos que haber cogido la costumbre de desplazarnos libremente, sin que nos costara. Pero no lo hemos hecho: nos hemos quedado donde estábamos; las cosas se han quedado como estaban. No nos hemos preguntado por qué aquello estaba allí y no en otro sitio, por qué esto era así y no de otro modo. Enseguida ha sido demasiado tarde evidentemente, ya hemos adquirido unas costumbres. Empezamos a creer que estamos bien donde estamos. Después de todo, se estaba tan bien aquí como enfrente.

Nos cuesta mucho cambiar, aunque sólo fuera cambiar los muebles de sitio. Mudarse supone toda una historia. Nos quedamos en el mismo barrio, y si cambiamos lo lamentamos.

Tienen que ocurrir cosas extremadamente graves para que consintamos en movernos: guerras, hambre, epidemias.

Es difícil aclimatarse. Los que han llegado unos días antes nos miran por encima del hombro. Nos quedamos en nuestro rincón con los de nuestro rincón; evocamos con nostalgia nuestro pueblecito, nuestro río, el gran campo de mostaza que se descubría al dejar la carretera nacional.